MIGUEL DE ZÁRRAGA

EL GÉRMEN

DRAMA

en dos actos y un epílogo, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

EL GÉRMEN

EL GÉRMEN

EL GÉRMEN

DRAMA

en dos actos y un epílogo

ORIGINAL DE

MIGUEL DE ZÁRRAGA

Estrenado en el teatro SALÓN NACIONAL en la noche del 2 de Abril de 1910



MADRID
E. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1910

A Rosario Acosta
y á José Francés

Un elemental deber de gratitud me impulsa, buenísimos y queridísimos amigos, á que sus nombres los estampe juntos al frente de este drama, que es de ustedes, que con tan amante afecto lo apadrinaron, tanto como de quien solamente, y por el solo esfuerzo de unos instantes tristes, lo escribiera. Sin su bondadosa acogida, sin su hospitalaria protección, sin su entusiasmo constante por laborar en favor de un teatro verdaderamente libre, siempre artístico pero con amplitud para todas las ideas, mi pobre obra no hubiera sido estrenada... Para ustedes, por fortuna, hay algo más que autores consagrados. Junto á los que ya lo fueron, la juventud que lucha tiene siempre una plaza. Con Martínez Sierra, con Mata, con Leyda, con esa honrosa pléyade de los nuevos, *y entre ellos sobresale usted, Francés, en primera línea, me honré yo con figurar... ¿A quienes, pues, si no á ustedes—á usted, Rosario, artista de tan exquisito gusto; y á usted, Pepe, por mí y por todos tan admirado, que con ella dirige este Teatro de Arte—á quiénes dedicar mejor este mi drama?... Acéptenlo con el cariño y con la admiración de su siempre agradecidísimo*

Miguel de Zárraga.

Madrid 2 de Abril de 1910.

Advertencia muy importante

Este drama estrenóse con el título de **Paternidad,** pero su autor se vió obligado á sustituir aquel por el de **El gérmen,** á consecuencia de hallarse inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual, y con anterioridad al estreno de esta obra, otra producción escénica titulada también **Paternidad.**

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LORENZA (24 años)...........	ROSARIO ACOSTA.
GLORIA (17 íd.)...............	Rafaela Montero.
MARTINA (doncella joven).....	Pilar Fernández.
FERNANDO MANZANARES (32 años)..........	Manuel Llopis.
DANIEL CASTRO (27 íd.)......	Enrique Piquer.
DON ANGEL DEL CASTILLO (58 íd.)......................	Fernando Fernández Gil.
EL MARQUÉS DE SAN PÍO (60 íd.)......................	Alfonso Santos.
JUAN (criado joven)...........	José Benavides.

En Madrid y en nuestros días



ACTO PRIMERO

Gabinete elegante. En las primeras horas de la tarde de un día de Otoño.

ESCENA PRIMERA

LORENZA, de bata, borda junto á un balcón un pañuelo de encaje. MARTINA, en pie, aguardando órdenes.

LOR. Si alguien viene, diga usted que hemos salido.

MAR. (Retirándose.) Está bien, señora.

LOR. (Después de un momento de pausa, y cuando la doncella sale ya por el foro.) ¡Martina!

MAR. (Entrando otra vez.) Señora...

LOR. (Sin levantar la vista del bastidor.) Si fuera el señorito Daniel, que pase. (Suena, dentro, un timbre. Lorenza, sin poder contener el interno regocijo de una esperanza que se afirma, pregunta:) ¿Llaman?

MAR. (Saliendo del gabinete.) La señorita Gloria... (Pausa.)

LOR. (Segura.) No, es él.

ESCENA II

LORENZA y DANIEL

DANIEL (Por el foro. Estrechando efusivamente la mano que le tiende Lorenza.) ¿Qué tal, Lorenza?

LOR. Como siempre. ¿Y tú?

DANIEL Como siempre también: en este momento, muchísimo mejor.

LOR Te vemos poco.

DANIEL Porque solo me veis cuando vengo, y aun me parece que vengo demasiado.

LOR. ¡Qué cosas dices! Eres mi mejor, mi único amigo...

DANIEL Por eso, precisamente, rehuyo el visitaros. Y créeme que de corazón lo siento. Pero en España no se puede ser amigo de una mujer soltera, y menos de una mujer casada. «Amigo»—para los necios, que están en mayoría—significa algunas veces «novio»; muchas, «amante»; las más, «pretendiente»... Si algo debo pretender es que no duden de tí.

LOR. Gracias, Daniel.

DANIEL ¿Y Fernando?

LOR Volvió al amanecer, y en la cama está; no quise despertarle. (Resignada y dolorida.) Lleva tres noches sin venir por aquí.

DANIEL ¡Qué vida la suya!

LOR. ¡Qué vida la mía! Quejoso del pecho le llevé á Panticosa, y ha vuelto para agravarse otra vez.

DANIEL El lo quiere.

LOR. Pero sin comprender el mal que se hace. Su espíritu aprensivo quizá le salvaría. Le gusta vivir.

DANIEL Vivir, sí; aunque no contigo, en su casa, gozando la tranquilidad de un hogar honrado... Yo pensé que el matrimonio le regeneraría.

LOR. Fernando no dejó de ser soltero. Y no creas que procuro hacerme insoportable; pero se aburre, ¡se aburre á mi lado! Para él solo he sido una mujer más...: su compañera en la fiesta que se llamó «nuestra boda». No debo ya quejarme. ¿Para qué? El es el amo.

DANIEL (Bromeando por animarla.) Pues ya sabes la receta. Contra el despotismo del amo, ¡la huelga! Es un derecho.

LOR. Pero, ¿acaso la mujer tiene derechos? Al hombre no le reprocha el mundo ciertas

maldades conyugales; y en la mujer, la más débil sombra del mismo delito la condena para siempre.

DANIEL Porque su pecado puede hacerla madre, y la maternidad ha de ser patrimonio exclusivo de las mujeres casadas.

LOR ¿Tú condenas la maternidad ilegal?

DANIEL Yo, no. Para mí, la madre, cualquier madre, es sagrada porque es madre, no porque es esposa. Pero solo á la esposa recibe el mundo en que vivimos.

LOR. El mundo, que ni siquiera pregunta si la mujer pecó por amor ó por torpeza.

DANIEL ¿Para qué preguntar? Pecó.

LOR. ¿Y los hombres no pecan en el mismo instante? Vuestra ley es injusta.

DANIEL ¿Contra nosotros te rebelas?

LOR. Contra tí, no. ¿Por qué? Además, la rebelión llegaría tarde. Nos educan en la ignorancia, y cuando sabemos ya no somos libres. ¿Qué pude hacer yo? Mi padre estaba arruinado; mi madre enferma... El primo Fernando era rico—también era joven—y pensaba en casarse...

DANIEL Y os casasteis. No sigas. Recuerdo la historia de tu sacrificio.

LOR. Sacrificio, no. Yo pensaba, entonces, que podría ser feliz; aunque solo fuese por ver felices á los míos...

DANIEL Como tu hermana Gloria, que es feliz, á su modo, con su marqués de San Pío.

LOR. Sí que es feliz. ¿Te sorprende?

DANIEL Su felicidad, aunque es muy relativa, no. Me sorprendió su matrimonio. Más que el tuyo.

LOR. ¿También crees el de ella censurable?

DANIEL Tampoco. La censura, de hacerla, sería para los legisladores que no prohibieron aún el casamiento de las solteras menores de veinticinco años, con los solteros ó viudos mayores de cincuenta. Conozco más de un caso, y únicamente lo siento por los maridos.

LOR ¡Daniel! Ofendes á mi hermana.

DANIEL Gloria es una excepción. Se cansaba de ju-

gar con las muñecas, y cambió de juego. Así—aunque otra cosa creyéseis—satisfizo la vanidad de los tuyos, á quienes Dios perdone, y la niña se entretiene con un muñeco grandullón, quizá muy estropeado por los muchos años que estuvo en el escaparate, pero que se mueve como una persona y hasta parece que habla... (Suena, dentro, el timbre.)

LOR. Calla, Daniel, calla. Me hacen daño tus ironías.

DANIEL Más irónico fué el cura que bendijo esa unión.

ESCENA III

DICHOS, GLORIA y el MARQUÉS DE SAN PÍO

GLORIA (Entrando por el foro y dirigiéndose á su marido, que la sigue.) Pasa, pasa delante... No te detengas en el pasillo... ¡No te constipes! (Y entra el Marqués de San Pío: un vejestorio de sesenta inviernos, pulcro, atildado, vestido como si solo tuviera veinticinco; muy tieso, forzosamente tieso, parece un maniquí de cartón sostenido por un eje de hierro. Aunque es algo miope no usa lentes, para presumir de buena vista. También es un poco sordo, pero lo disimula y jamás se lleva la mano al oído. Guarda el equilibrio de su vejez gracias á un bastón, en el que se apoya con fuerza. Padece, ¡cómo no!, de flojedad de memoria, y habla despacio para recordar, y con mucho temor de interrumpirse: parece que se le concluye la cuerda.)

MARQ. (Saludando.) Lorenza... Daniel... ¿Cómo estamos?...

LOR. No os esperaba esta tarde.

GLORIA Como no hace frío, he sacado á éste para que le dé el sol; pero nos cansamos pronto, porque pica, pica...

DANIEL ¿Usted, Marqués?

MARQ. Yo ya no toreo. Y eso que me recomiendan ejercicio; á mí ¡que soy tan cómodo! Se empeñan en que ande, que pasee, que me dé el aire... ¡Como si temieran que me apolillara!

DANIEL Ya, no.

MARQ. Lo que yo digo: cuando antes no me apolillé...

DANIEL Para airearse y para tomar el sol podría usted adquirir un aeroplano.

GLORIA ¡Jesús! ¡Pobrecito mío! Le marean las alturas. Vivimos en un entresuelo y no le dejo asomarse al balcón...

MARQ. Pero un aeroplano no es un balcón.

GLORIA ¿A que no sabes lo que se compró anteayer?

DANIEL Un cinturón eléctrico.

GLORIA Un gramófono con mucha música. La música sobre todo: coloca un disco, da cuerda al aparato, lo pone sobre la mesita de noche ¡y á dormir! Le encanta la música.

MARQ. Y la política; la política también...

LOR. ¿Y de qué te sirve tu acta de senador?

MARQ. Mi dinero me cuesta renovarla.

LOR. Pregunto de qué te sirve.

DANIEL De gramófono también. Y en el Senado como en la cama sueña con la música. Por lo visto para usted igual que para Calderón «la vida es sueño».

MARQ. Pero Calderón ni siquiera fué diputado. Y no me negará usted que en estos tiempos para ser algo es preciso tener un acta, patente de hombre público.

DANIEL Patente de corso.

GLORIA Gracias á ella va ya siendo «ministrable». (Suena el timbre.)

LOR. ¡Y Marqués!

MARQ. Mi dinero me costó también, que los títulos pontificios no se regalan, no señor...

GLORIA (A Daniel.) La envidia te come, ¡mediquillo!

DANIEL ¿A mí?

GLORIA A tí, que ni eres senador, ni marqués, ni casi médico, porque no tienes enfermos...

DANIEL Es que los voy matando. Ahí tenéis á vuestro padre.

ESCENA IV

DICHOS y DON ANGEL

ANGEL (Por el foro. Es un anciano de venerable aspecto. Siendo más joven que el Marqués parece mucho más viejo.) ¿Todos aquí?... ¡Danielillo!

LOR. ¿Vienes á comer?

ANGEL No, solo á veros. Hoy comeré con estos... (Por Gloria y el Marqués.) Digo, si no habéis olvidado que me convidásteis ayer...

GLORIA ¡Claro que no!

MARQ. ¿Cómo olvidarlo? Pero jugaremos antes unas carambolas, ¿eh?

LOR. Papá no juega.

ANGEL Ni tengo humor para nada. ¡Estos pícaros años!...

DANIEL Aquí tiene usted á su yerno. Contémplese en este espejo.

ANGEL Tiene la luna muy averiada: no me veo bien.

MARQ. ¡Qué bromista! Pues no nos llevamos muchos años.

LOR. Tú á papá, sí.

GLORIA No exageres. Fausto no tiene los que parece.

ANGEL Tiene más.

MARQ. Y muchos más por delante. Mi padre murió á los noventa y nueve, y mi madre á los ochenta y siete... Conque si la longevidad es hereditaria, sumad, sumad...

LOR. Queda terminado este incidente.

GLORIA Y propongo que obsequies á los viejos con un té.

LOR. ¿Aceptado?

ANGEL Aceptado.

GLORIA (A su marido.) ¿Y tú?

MARQ. ¿Yo también?

ANGEL No te importe que te llamen viejo; casi soy tu padre...

MARQ. Mi padre, sí; pero un padre demasiado joven.

ANGEL Tan joven que no me acostumbro á la idea de tener hijos mayores que yo.

LOR. (A Daniel, que se apartó del grupo.) ¿Tú no vienes?

DANIEL Sí, sí; voy. Me parece que oigo á Fernando.

LOR. Verás cómo me regaña porque le dejé dormir.

DANIEL ¿Regañarte?

LOR. Es tan brusco... ¿Vamos al comedor?

ANGEL (Yendo con sus hijas.) Vamos.

ESCENA V

DANIEL y el MARQUÉS DE SAN PÍO

MARQ. Un momento, Daniel.

DANIEL ¿Desea usted hablarme?

MARQ. A usted precisamente, no: al médico. Quisiera consultarle .. Dígame. Yo desearía una respuesta, lo más categórica posible, á cierta preguntilla, que no sé cómo hacer...

DANIEL Pues me va á ser muy difícil contestar.

MARQ. No, no es precisamente que no sepa yo expresar mi pensamiento... Es que... Bueno, se trata... Se trata de un amigo á quien esta consulta produce cierta vergüencilla... ¡No se decide á preguntar! Es tan delicado el asunto...—Mi amigo se encuentra fuerte, sano, rejuvenecido.—Muy rejuvenecido; sobre todo, rejuvenecido.—Se trata de un verdadero antojo. Dos años hace que se casó, y el pobre amigo tiene una ilusión, y con ella un deseo febril, de saber si á sus años—unos... sesenta—se puede soñar aún con un hijo. ¡Un hijo! Daría por él la mitad de los años que le quedan de vida.

DANIEL No es mucho.

MARQ. Le advierto á usted que su padre llegó á los noventa y nueve...

DANIEL (Sonriendo.) Y su madre anduvo cerca, y él va en camino... ¿No es eso?

MARQ. Eso es. Y de aquí mi pregunta: ¿puede concebir alguna esperanza?

DANIEL Esperanza, ¿por qué no? Aunque es preferible no tener hijos á verlos en caricatura.

MARQ. ¡Hombre!

DANIEL No pretendo ofender á su amigo: no aludo á los rasgos fisonómicos de su persona. Caricatura dije... en general. Es el más lógico resultado cuando los padres, ó al menos uno de ellos, pasaron las lindes de la juventud, fuente de la vida...

MARQ. Sin embargo, á los sesenta...

DANIEL Reconozco que la caricatura no es patrimonio exclusivo de los sesenta... Fatal es también el fruto de los jóvenes, cuando están enfermos.

MARQ. ¿Y eso es irremediable?

DANIEL No lo sería si, con el sacerdote y con el juez, interviniese en los matrimonios otro sacerdote que fuera juez también: el médico. Y por encima del médico, y del juez, y del sacerdote, la ley prohibiendo en absoluto las uniones de anormalidad: los matrimonios de seres cuyas edades no guarden el equilibrio preciso, lo mismo que las bodas de parientes ó de enfermos.

MARQ. Luego usted cree...

DANIEL Yo no creo nada: razono: creer es á veces engañarnos.

MARQ. Pobre de mí... ¡pobre de mi amigo! Para él su esperanza fué una medicina. Por ella se consideraba fuerte...

ESCENA VI

DICHOS y GLORIA

GLORIA (Por el comedor.) Pero, maridito mío, que el té se enfría... Que llegas tarde...

MARQ. La juventud me llama.

DANIEL Pero llega usted tarde.

GLORIA Y tú, filósofo, y tú.

DANIEL A mí no me corre prisa. Espero á Fernando.

GLORIA (Volviendo con su marido al comedor.) Pues nosotros ni á ti, ¡desagradecido!

DANIEL Si me convidárais á algo mejor; pero á té, que es tanto como tomar agua con bizcochos, aunque de buen tono...

ESCENA VII

DANIEL y FERNANDO

FER. (Que aparece por la puerta de su alcoba, frente á la del comedor.) ¡Hola!... ¿Con quién charlabas?

DANIEL Hasta hace un momento, con toda tu familia: con tu mujer, tu suegro, tu cuñada... y tu cuñado consorte. Me dijeron que estabas descansando.

FER. (Aburridamente.) Sí, descansando. ¿Y ellos?

DANIEL En el comedor tomando té. Pero dime. ¿Qué tal? ¿Qué tal te encuentras?

FER. (Encogiéndose de hombros.) Bien.

DANIEL No nos hemos visto desde que marchaste á Panticosa. ¿Te probó? Muy sano.

FER. Aburrido.

DANIEL Bah, lo sería para ti.

FER. Con ganas he vuelto. Y no creas, me desquité. Sufro las consecuencias; pero, chico, si tarde ó temprano he de... volar...

DANIEL Eres un aprensivo al que no comprendo. Sabes que te estás matando, y sigues.

FER Mi mal, señor doctor, no está en el pecho sino en la cabeza: perdí la voluntad.

DANIEL La voluntad de cuidarte.

FER. En casa me aburro. ¿Quién no se aburre en su casa?

DANIEL Ofendes á Lorenza.

FER. Y sin embargo, la quiero. No, no te rías. La quiero... á mi manera. Después de mis ausencias, cuando, arrepentido casi, regreso en busca de descanso, me consuela ver que una mujer que es mía ¡mía solo! se desvive por mí. Seré un hombre raro; pero, créeme, llego con Lorenza hasta los celos.

DANIEL Y olvidas que Lorenza, despreciada por ti, con voluntad tan libre como su pensamiento, puede también despreciarte... y deshonrarte.

FER. La mataría.

DANIEL Después de haberte deshonrado. Evita la deshonra con el respeto que Lorenza se merece. Me dais lástima. Tú más que Lorenza: estás enfermo.

FER (Pensativo.) Lo sé, muy enfermo. Y mi padre murió con el *delirium tremens.*

DANIEL (Alejando la alarma.) Tu padre se encontraba bueno cuando tú naciste.

FER No; mi padre fué, desde muy joven, esclavo del alcohol. ¿A qué ocultármelo si le vi morir? ¡Gérmenes malditos no me faltan!

DANIEL Calla, loco Si gérmenes de muerte vivieran en tu pecho, sólo tú les habrías dado vida por gozar desenfrenado. (Viéndole abatido.) Pero, ¿qué es eso? ¿Aprensión otra vez? ¿Ya volvió el susto? No tanto, hombre, no tanto. No te creas incurable. Remedio tienes; pero remedio enérgico... y en casa.

FER. ¡En casa!

DANIEL Sí, hombre, sí; en tu casa, con tu mujer, con tu Lorenza... ¡Pobre Lorenza!

FER. (Volviendo á encogerse de hombros.) Compadécela. Es muy laudable la compasión. Pero economízala: todos la necesitamos, y si la derrochas... Además nada resuelves compadeciendo. El problema que yo encarno se ha de solucionar de muy distinto modo.

DAN. Lorenza te quiere.

FER. ¡Me quiere! ¿Y lo dices tú? Eres mi amigo, debiera agradecer tus afirmaciones... y, ya ves, la palabra «gratitud» no asoma á mis labios..

DANIEL ¡Fernando!

FER. No te enojes. Ya sabes que soy... como soy: demasiado seco, brutal á veces, jamás hipócrita. Eres también su amigo, el amigo de su niñez, el amigo que no se olvida nunca...

DANIEL ¡Pero, Fernando!...

FER. (Encogiéndose de hombros una vez más.) ¡Sé que

nos quieres! Siéntate: hoy comes con nosotros.

DANIEL No, Fernando, no.

FER. Sí, Daniel; y perdona. Estoy muy nervioso. ¡No me hagas caso!...

ESCENA VIII

DICHOS y LORENZA

LOR. (Por el comedor. A su marido.) ¿Descansaste?

FER. (Con cariño, al que su mujer no está muy acostumbrada.) Sí, Lorenza; gracias á ti.

LOR. (Agradablemente sorprendida.) ¿Y comerás en casa?

FER. Con Daniel.

LOR. ¿Te le llevas?

FER. No, me le traigo: comeremos aquí los tres.

LOR. ¿Pero es de veras?...

FER. ¿Por qué no?

DANIEL No, Fernando; ya te dije...

ESCENA IX

DICHOS; GLORIA, DON ANGEL y el MARQUÉS DE SAN PÍO

MARQ. (Por el comedor, con Gloria y don Angel.) Vaya, á casita, á casita... ¡Hola, Fernando!... ¿Te acabas de levantar? Eso es muy higiénico: doce horas para dormir, doce para divertirnos, ¡y el resto para la familia!

FER. Es ingenioso el sermón.

GLORIA Pues, oye; no sería yo tan suave.

ANGEL } ¡Chiquilla!
LOR. } ¡Gloria!

GLORIA (A su marido.) Y tú no te metas en vidas ajenas. ¡Sabe Dios lo que tú harías si no fuera por mí!

MARQ. Algo, algo, algo.

GLORIA Cuando quieras, papá.

ANGEL A vuestra disposición.

DANIEL Yo también me voy con ustedes.

LOR. ¿Pero no digiste que comerías aquí?
DANIEL No. Yo no dije nada. Fué Fernando. He de ver á un compañero... Una visita ineludible...
LOR. Eres poco galante con nosotros.
FER. Quédate, hombre, quédate.
DANIEL De verdad: me esperan. Otro día...
LOR Bueno, mañana.
DANIEL Sí, mañana. Conque... ¡hasta mañana! (Se despiden y salen todos, menos Lorenza y Fernando.)

ESCENA X

LORENZA y FERNANDO

LOR. (Después de un momento de embarazosa pausa, durante la cual Fernando, siempre aburrido, se adormece en un sofá.) Fernando...
FER. Qué... ¿qué quieres?...
LOR. Perdona. Creía...
FER. Perdona tú. Como de costumbre, pequé de poco amable. No se me ocurre nada...
LOR. ¡Nada!
FER. ¿Qué puedo decirte yo?
LOR. ¿Tú? Nada, indudablemente. ¿Qué puede decir un marido á su mujer? ¡Nada!
FER. Te parecerían preferibles cuatro vulgaridades repetidas de memoria como las oraciones de los niños.
LOR. No, no te esfuerces en buscar qué decirme. Antes, cuando novios, eras más expresivo. Desde que soy tu mujer has perdido en elocuencia.
FER. Eso les pasa á todos los maridos. No sé por qué te extraña.
LOR. Como yo no me he casado nada más que una vez...
FER. Sabes que estoy enfermo...
LOR. Cuídate.
FER. ¡Cuídate! ¿Es eso todo lo que se te ocurre á ti?
LOR. ¡Se me ocurren tantas cosas!...
FER. ¿Quejas, verdad? ¿Quejas de mí, que soy...? ¿Qué soy? (Pausa.) ¿Callas?

LOR. ¿A qué me atormentas? Si sabes que sufro, ¿por qué no lo evitas?

FER. ¡Evitarlo! Como si los temperamentos, los caracteres y las educaciones, pudieran amoldarse á todas las conveniencias.

LOR. Acaso tengas razón: nos casamos sin conocernos.

FER. Como todos los novios, y eso nos hemos de agradecer: si previamente se conociesen por dentro tanto como por fuera, los más no se casarían.

LOR. Y dos seres que no se conocen, ¿cómo pueden ser felices, si el matrimonio se convierte en su condena? (Pausa.)

FER. Lorenza... Olvida, aunque sólo sea por unos instantes, lo pasado y escúchame... ¿Serás capaz de escucharme... y de creerme?... Algún día había de llegar, ¡tarde tal vez! en que detuviéramos nuestros pensamientos ante el error más grande de nuestra vida... ¡Lástima que esta confesión, á la que debe acompañar la tuya, no nos la hiciéramos cuando aun era tiempo de remediarlo todo!... Hoy... apenas sé qué confesarte... Quizás te repugne mi declaración.

LOR. Habla, habla pronto. Dí cuanto quieras. Todo es preferible al engaño en que vivimos.

FER. No temas. Te quiero. Te voy queriendo, casi sin darme cuenta de este cariño... Te quiero, sí; cada ofensa que te hago me obliga á quererte más. Si no te quisiera, y pensase que tampoco tú me quieres, te propondría que nos separásemos. ¡La solución menos cruel para quienes, faltos de cariño, se fingen un falso respeto al nudo que les oprime!

LOR Rómpelo.

FER. ¿Tú lo quieres? (Pausa. Lorenza llora.) No llores. Escúchame: es preciso que me escuches. Me estoy confesando contigo, para que después me juzgues. No mires en mí al esposo, ni mejor ni peor que otros muchos más hipócritas que yo. Ahora quiero ser más: tu amigo: un amigo sincero que no te ofrece mentidos amores... ¿Me querrás así?

LOR. ¡Fernando!...

FER. Contesta. Contesta con toda lealtad. ¿Me quieres?

LOR. También yo voy á ser sincera. No te quería cuando me casé contigo.

FER. Ni á mí, ni...

LOR. A nadie. Los primeros días de nuestro matrimonio creí ser feliz, y muchas veces soñé que te quería...

FER. Lorenza...

LOR. De mis sueños despertaba para verte lejos, muy lejos de mí: cada vez más lejos, ¡cada vez más sola! (Pausa.)

FER. ¡Feliz tú que, cuando menos, soñaste! Yo ni siquiera conseguí soñar. Los hombres como yo, los que viven su vida en otras muchas, sin ver, porque es muy cómodo no verlo, que en cada vida se esconde un corazón... ¡no sueñan! Y no puedes imaginarte tú cuánto hubiera yo dado por tener un sueño: un verdadero amor, que me cambiara, que me volviera otro...

LOR. Otro que no fueses tú, Fernando, mi Fernando... El que yo soñé tantas veces para seguir siendo honrada.

FER. ¿Qué dices?

LOR. Que te quiero. Si no te quisiera...

FER. ¡Calla!

LOR. Hablo como tú me hablaste: si no te quisiera, no estaría aquí... El nudo que nos ata, sólo tiene un nombre para mí: cariño.

FER. Calla, calla... Me asusta el escucharte esas ideas.

LOR. Son eco de las tuyas.

FER. ¿Y tú las repites? ¿Tú has pensado en ellas?

LOR. Los ecos son inconscientes. Yo sólo he pensado que es muy triste vivir y no amar.

FER. El amor no es cariño ni es felicidad. El amor es sólo la bella máscara de esas tan engañosas ilusiones que en el hombre, como en la mujer, acaban cuando nos casamos.

LOR. ¿Pero es que el amor no cabe en el matrimonio? ¿O es que para ti el matrimonio no

puede estar constituído por dos fieles amantes á quienes Dios bendice?

FER. Nunca me hablaste así.

LOR Porque nunca pensé lo que hoy me obligas á pensar.

FER. ¿Te gustaría que fuésemos nosotros dos amantes?

LOR. El nombre de lo que pudiéramos ser no me preocupa: para mi satisfacción sería suficiente con que nos amáramos. (Pausa.)

FER. ¿Quieres... quieres que probemos?

LOR Te cansarías pronto.

FER. ¿Y si no me cansara? ¿Y si así nos quisiéramos como nunca supimos? ¿Y si, ¡al fin!, nos quisiéramos mucho?...

LOR ¡Si eso fuera posible!... Pero, ¿á qué soñar?

FER. Si sueños evocaste, ¿por qué no?

LOR ¡Fernando!..

FER. ¡A soñar!

LOR No, ¡á vivir! Pero, lejos; ¿lejos, eh? Lejos de este Madrid de tu vida pasada... Nos vamos al campo en cuanto llegue la primavera. ¡Verás qué bien estaremos en nuestra casita de Aranjuez; en aquella casita envuelta en flores, donde fuimos novios!... Volveremos á ser novios. ¡Casi no lo fuimos!...

FER. Sí, sí; donde tú quieras; donde á ti te agrade... Iremos al campo, á tu casita de flores, solos...

LOR (Interrumpiéndole con alegre rubor.) No, no; *¡solos, no!...*

FER Pero... (Comprendiendo, gozoso.) ¿No estaremos solos?...

LOR. ¡Si Dios quiere!...

FER. ¿Por qué no me dijiste?...

LOR ¡Si nunca estás conmigo!...

FER. Lo estaré, chiquilla, lo estaré. Pero, dime, ¿es cierto?... (Con sincera explosión de entusiasmo.) Un hijo que será carne de nuestra carne; ¡nosotros mismos transformados en un pequeñuelo que continuará nuestra vida!... Créeme, Lorenza: ahora más que nunca siento no ser un hombre excepcional por su talento, por su cultura, por sus virtudes...

Tú y yo una pareja inteligente, admirable, única, ¡y nuestro hijo encarnando las cualidades de los dos!... Y ha de ser hermoso como tú, porque tú serás siempre hermosa... ¡Qué mejor herencia para él!... ¡Maldita sea mi vulgaridad, que no me permite ofrecerle esos lujos!...

LOR. Loco, loco; te vence la alegría.

FER. ¡Pero si tú me anegaste en ella! ¿No quieres que enloquezca? ¿No enloqueces tú? ¿Sería humano que llorara porque das tu vida á un ser que llevará mi sangre?... (Interrumpiéndose, ahogado por un trágico sollozo que del fondo del alma se le escapa.) ¡¡¡Mi sangre!!! (Se lleva las manos á la frente, como si quisiera arrancarse la idea que en ella fulguró, y en voz baja repite con loca desesperación.) ¡Mi sangre!... ¡Mi sangre!...

LOR. (Asustada, sin acertar á comprender aún.) ¡Fernando!... ¡Fernando, por Dios, qué dices, qué piensas, por qué lloras?... ¡Y no lloras de alegría!...

FER. (Dejándose caer en una butaca sollozando.) ¡No! ¡De terror! ¡Le dí mi sangre!... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. Es por la tarde

ESCENA PRIMERA

LORENZA y GLORIA

LOR. No, no te vayas tan pronto; no quisiera volver á encontrarme á solas con Fernando.

GLORIA ¿Qué puedes temer?

LOR. ¿Yo? Nada. Es él quien teme. Soy para Fernando horrible pesadilla que él procura evitar no viéndome. Su miedo á ser padre...

GLORIA Pero, ¿por qué ha de tener ese miedo?

LOR. ¿Por qué lo tengo yo? Ya sabes cómo murió su padre. Fernando no quiso anular con cuidados la amenaza que pesa sobre su vida, y la culpa del padre podrá no purgarla el hijo; pero caerá sobre el nieto, agravada con la culpa nuestra.

GLORIA Tuya, no.

LOR. También. Lo he pensado mucho desde anoche. La culpa es mía por haberme unido á él; por haberme casado con un enfermo que es, además, primo hermano mío.

GLORIA Todo eso espanta...

LOR. Hasta ayer no lo supe. El alcoholismo del padre de Fernando no quiso recordármelo nadie, y, aunque me lo hubiesen recordado,

era yo demasiado ignorante para comprenderlo. De Fernando nunca pude creer que estuviera enfermo, porque los enfermos no se divierten, y él bien se divertía. Nuestro parentesco no me preocupó. ¿Cómo preocuparme si tanto la religión como la ley, que por nosotros debieran de velar, autorizaban la boda?

GLORIA ¿Y tú no querías á Fernando?

LOR Le hubiese querido después. Las mujeres no tenemos el derecho de elegir esposo: tomamos el que nuestra suerte, buena ó mala, nos ofrece. Porque si esperásemos solteras á nuestro Amor, encarnado en un hombre, las más de las veces ese Amor llegaría tarde. Si fuésemos sinceras, todas las mujeres seríamos rebeldes.

GLORIA Yo no me rebelo.

LOR. No hay resignación que no tenga límite. Tú, más que yo, protestarías si encontrases en tu camino—¡y alguna vez lo encontrarás!—al hombre soñado...

GLORIA ¡Lorenza!

LOR. Nadie nos escucha. No temas. Tu marido no es, seguramente, el que soñaste de soltera... ni quién sabe si hasta de casada.

GLORIA Pero... ¿es que tú?... ¡Ah, ya comprendo! En tu camino hay alguien más que Fernando...

LOR. No sé. No viene hacia mí. Si acaso, marcha delante, y no nos encontraremos nunca.

GLORIA ¿Te dijo?...

LOR Nada. Ni ha de vislumbrar jamás que alguna vez le esperé. Y sé más todavía: sé que si él sospechase mi cariño, me hubiese ya revelado que es todo mío el suyo.

GLORIA Me asustas, Lorenza; yo no hubiera creído...

LOR. Piensa en ti, y creerás.

GLORIA No, no pensaré; si pensase, tal vez tomaría mi deber por sacrificio.

LOR. ¡Deber! ¡Sacrificio!... cuestión de nombres. En el fondo, sacrificio y deber son para nosotras sinónimos.

GLORIA Luego tú crees que hemos de sacrificarnos... (Suena dentro el timbre.)

ᒧOR Para eso nacimos las mujeres honradas.

ᕼLORIA Aunque no siempre merezcan las honras tales sacrificios...

ESCENA II

DICHAS y el MARQUÉS DE SAN PÍO

IARQ. (Por el foro.) ¿Estorbo?

-OR (Disimulando, como Gloria, su contrariedad.) Un marido no estorba nunca.

IARQ. ¿A su mujer tampoco?

-LORIA No te esperaba.

IARQ. Es que no sé estar sin ti. Cuando desperté de la siesta me dijeron que habías salido, y en busca tuya vengo.

LORIA Gracias por tu amabilidad. (Pausa.)

IARQ. Estorbo, indudablemente.

LORIA ¡Qué tontería! Te pones insoportable.

IARQ. Peor que un estorbo.

OR. No regañeis.

LORIA ¡Si yo no regaño! Ya lo sabe éste. Me horroriza el solo temor del primer disgusto. ¡El primero! Dicen que nunca viene sólo... ¡Que no venga! Desde que me casé estoy decidida á ser feliz, cueste lo que cueste.

IARQ. Conmigo.

LORIA Claro.

IARQ. De mí no tendrás queja.

LORIA No, no la tengo. Eres un marido ideal.

ARQ. ¿En serio, eh?

LORIA Y en broma: en todo. No deja de satisfacer ni un caprichito mío; cuanto se me ocurre le parece bien; me pide permiso hasta para dormirse... Si de algo peca es de excesivamente amable.

ARQ. No tanto, mujer, no tanto... Pero sé lo que se debe á la juventud. También yo fuí joven. Y no hace tanto tiempo para que ya se me olvidara. (Pausa.) ¿Volvemos á casita?

LORIA ¿Qué prisa tienes?

ARQ. Ninguna. Por mí... (El timbre suena dentro.)

OR. Me parece que han llamado... Sí, es papá.

ESCENA III

DICHOS y DON ANGEL

ANGEL (Por el foro.) Salud, hijas mías. ¿Qué tal, yerno?

MARQ. Bien, bien; yo siempre estoy bien.

LOR. ¿Hoy te quedarás con nosotros?

ANGEL Sí, mujer, sí; me quedo.

MARQ. Y nosotros nos vamos. Nos íbamos...

LOR. No os detengo. Papá me acompañará. Pero mañana venid más tempranito, ¿eh?

GLORIA En cuanto almorcemos. (A su marido.) Vamos, impaciente, vamos.

MARQ. Sí. Vosotros tendréis que hablar... (A Gloria.) Conque, vamos. Pero, ¡que no se vuelva á repetir lo de esta mañana.

ANGEL ¿Os ha pasado algo?

GLORIA A mí, no.

MARQ. ¿A tí no? ¿A tí te pareció bien la escolta de aquel mamarracho? ¡Títere!..

GLORIA (Sonriendo.) Me tomó por su hija, y no era cosa de que tú fueras á desengañarle. El pobre no hizo más que seguirnos.

LOR. Y la cosa no puede ser más inocente, ¿verdad?

MARQ. Ni más decorativa. ¡Si llego yo á verle antes!

GLORIA Pues no es la primera vez que nos sigue.

MARQ. ¡Ah! ¿Te has fijado?...

GLORIA Sin fijarme: le ví. ¡Pobre chico!

MARQ. Pues, ea, se acabó. Desde hoy no quiero más escoltas. Yo le diré á ese botarate...

LOR. Pero, hombre de Dios, ¡que te vas á poner en ridículo!... No hagas caso. Ya se cansará.

MARQ. Es que esto va picando en historia. No hace seis meses que nos casamos y ¡ya veis! ni siquiera nos lo conocen.

GLORIA Vamos, vamos. Ya procuraremos que nos lo conozcan. Pero no vayas cogido de mi brazo, como un viejo... Me llevarás tú á mí.

MARQ. Sí, sí. Y ya verás tú cómo me contoneo. (Ofreciéndole el brazo.) Toma.

ɟLORIA A casita.

ɅARQ. (Marchándose con Gloria por el foro.) A casita. Muy juntitos... Y sólos...

ɟLORIA Conque, hasta mañana.

ɅARQ. Adiós, papá.

ANGEL Id con Dios.

ɟLORIA Y mañana aquí te recogeremos.

ANGEL ¿Pero tambien mañana?...

OR. Así recordamos los tiempos ¡que no han de volver! en que éramos sólo tuyas...

ANGEL (A Gloria que sale por el foro con su marido.) Hasta mañana, pues.

ESCENA IV

LORENZA y DON ANGEL

ANGEL (Acercándose á Lorenza, que se dejó caer en un sofá al salii sus hermanos) Pero... ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?... Hace un momento estabas tan contenta...

OR. Y ayer, en otro momento, me creí la más feliz de las mujeres.

ANGEL ¿No lo has sido?

OR. Ya te dije que sí; pero sólo un instante. ¡Nunca más lo seré!

ANGEL Pero, chiquilla, ¿qué es eso?... Bah, los nervios. El estado en que te encuentras... (Regañándola cariñosamente.) Por cierto que no te he perdonado el que no fueras tú en persona quien me diese la noticia. ¡Mira que decírselo á Gloria antes que á mí!... ¡Con lo que yo te quiero!... No, no te lo perdono... Vamos, enjúgate ese llanto.

OR. Déjame que llore: me ahogaba la pena.

NGEL ¿La pena de que vas á ser madre?

OR. No. Ser madre fué siempre para mí la más risueña esperanza. Muy niña era yo, y aun bien recuerdo la enfermedad que tuve por encontrarme un día la muñeca rota... Un hijo, una muñeca de carne, carne de mi carne, era mi sueño...

ANGEL Ya ves cómo Dios atiende tu anhelo.

LOR ¡Sí! Aunque más valía que no lo hubiera atendido.

ANGEL No te entiendo... Bah, tuviste con Fernando algún disgusto. Reñiríais por cualquier tontuna... ¡Pues no te conviene disgustarte! (Pausa.) Fernando es bueno. ¡Perdónale! A los maridos se les perdona siempre. Porque la culpa será suya... ¿Callas?...

LOR. Desde que me casé estoy callando. Tú no sabes lo que sufro. El tampoco.

ANGEL Cuando os fuísteis á Panticosa pensé que, si no érais absolutamente dichosos, lo seríais al regresar. El mal de Fernando tiene cura. ¿Acaso por su mal?...

LOR. Fernando fué como todos y no me quejo de eso, que es aun más irremediable que su propio mal. Pero no todos enferman como él, ni como él abusan de la libertad que le conceden las costumbres, casi leyes, de los hombres, sin pensar que en la vuelta del marido á su hogar, hay muchas veces, para su mujer, consecuencias bastante más terribles aun que el desamor.

ANGEL ¿Qué quieres decir?

LOR. Que ya no soy ignorante en absoluto; que ya sé algo más de lo que me enseñásteis cuando pretendíais que, por exceso de virtud en mí, no perdiera yo ni un átomo de inocencia hasta el instante mismo de mis desposorios.

ANGEL No te pudimos educar mejor.

LOR. Por respeto, así debería creerlo. Pero la verdad es muy distinta. Nuestra ignorancia apadrinó una culpa: ¿qué vida dimos al que va á nacer?...

ANGEL Tú... Fernando... ¡Fernando!... (Pausa. Don Angel se cubre la cara con las manos.)

LOR. Ahora eres tú el que llora.

ANGEL ¿Cómo suponer el mal que hacíamos?... ¡Pobre hija mía!...

LOR. El es tan desgraciado como yo. Sabe que soy honrada, que está muy enfermo, y que va á ser padre... Tiene miedo á morir con el re-

mordimiento de su paternidad. Su miedo podría ser mi venganza. (Escuchando.) ¿Le oyes? Pasea nervioso por su alcoba, habla en alta voz, se acerca... Ha llamado á Daniel. Le está esperando... Vamos, no quiero que me vea.

ANGEL Vamos donde quieras, sí; yo tampoco quiero verle ahora. (Salen por el comedor.)

ESCENA V

FERNANDO y DANIEL

FER. (Saludando á su amigo, que entra por el foro al mismo tiempo que él por la alcoba.) Creí que no venías.

DANIEL Si me llamaste, ¿cómo no venir?

FER. Te necesito.

DANIEL Pues tú me dirás en calidad de qué.

FER. Como amigo y como médico.

DANIEL Vaya, hombre, está visto que en tu casa haré fortuna... Puedes hablar al amigo.

FER. No. Antes necesito al médico.

DANIEL Como gustes. Actúo de sacerdote, y me dispongo á escuchar tu confesión. ¿De qué te acusas?

FER. No se trata de mis pecados. Quiero, únicamente, hacerte una consulta.

DANIEL ¿También tú?

FER. ¿Cómo también?

DANIEL Tu cuñado... consorte, me consultó ayer tarde.

FER. Respeta su confesión.

DANIEL No es menester: sé guardar los secretos.

FER. Pues escúchame.—¿Tú crees en la ley de la herencia...

DANIEL ¿Otra vez el tema de tus aprensiones?

FER. Tú, contéstame. ¿Crees en esa ley?

DANIEL Hombre, nadie puede negar el influjo, bueno ó malo, de la procedencia de la simiente y del terreno en que germinan las plantas... Claro que mucho puede hacer luego el cul-

tivo, como en los hombres la educación, las costumbres, los cuidados... Pero el impulso primordial, y por desgracia decisivo...

FER. No sigas. Todo hombre enfermo, por sus vicíos propios ó por herencia de sus progenitores, solo puede pensar en la paternidad como decreto de muerte para sus hijos, que algún día habrán de maldecirle...

DANIEL ¡Pero, Fernando!

FER. Escucha. No me interrumpas aún. Ayer—te lo díje—temí que la triste herencia de mi padre me amenazara... Hoy, hoy temo más, ¡mucho más!.. (En voz baja y vibrante.) Yo, como todos los hombres, olvidé lo que puede nacer... Y si tengo un hijo, un híjo con mi misma sangre, que es sangre envenenada, el hijo maldecirá á su padre...

DANIEL ¿Hijos tú?...

FER. ¿Por qué no?

DANIEL Bah, tú sueñas...

FER ¡Así soñase!

DANIEL Pero, hombre, tú que tanto necesitas de tu vida, piensas que la tuviste de sobra para derrocharla en hijos... Pero ¿es quizás que Lorenza?...

FER. Con la primavera aguarda la bendición de Dios. ¡Ya ves tú qué sarcasmo! La ofrezco un hijo para que lo adore, y cuando ella, ¡su madre! se sienta capaz por él, de dar su vida á cambio de la suya, la muerte, cumpliendo mi decreto, habrá de llevársele... Caerá, como yo, cuando las hojas caigan... (Pausa.) Pero no, no, ¡no! si tú lo digiste: no tengo vida para mí; ¿cómo tenerla de sobra para un hijo? ¡Un hijo de mi maldita sangre!... Y si no fuese de mi sangre...

DANIEL ¡Fernando!

FER. Perdona. Estoy loco. Por no creer en mi culpa, dudaría hasta de mi honor...

DANIEL Tu honor no es el de tu mujer.

FER. En cambio el suyo es mi honor. Una injusticia más. Con ella solo salís ganando los solteros. Ni siquiera temeis al deshonor. ¡Qué cómodo es ser amante! Al amante na-

die le mira mal, y el mundo, con el amante, se burla del marido...

DANIEL ¿Por qué dices eso? ¿Qué reticencia envuelven tus palabras? ¿Qué quieres decir?

FER. Yo no he sabido amar á Lorenza, ni ella supo amarme. No es mía, mía de alma como de cuerpo, aunque me la dieron por esposa... ¡Qué sé yo de ella! Solo que es honrada. Y aun esto, si no lo fuí yo para ella, ¿con qué derecho puedo yo exigírselo?

DANIEL Eres su marido.

FER. Llamarse marido es cosa facil; pero no todos los que se lo llaman lo son.

DANIEL Tú sabrás lo que eres.

FER. Y aun sé más: que seré padre. (Transición.) No, no, ¡no! Me horroriza. Es mucho remordimiento para quien teme á la muerte...

DANIEL ¿Quién piensa en la muerte?

FER. Me acecha, Daniel; tú lo sabes... Y cuando se la siente acechar, ¿quién no tiene miedo? Un miedo tan horrible, que no es extraño que hasta el más descreído pecador se arrepienta ante él... ¡Es que el de morir, para el que espera á la muerte, es el mayor miedo! Es... ¡no sé! ¡no sé!... Quiero luchar con mis pensamientos, quisiera ahogarlos, y la razón me traiciona, se oscurece, es vencida por aquellos en trágica obsesión... ¡Y he de ser padre!... (Desesperado.) ¡Si por no serlo!...

DANIEL ¡Calla! Lorenza viene. (Anocheció.)

ESCENA VI

DICHOS y LORENZA

LOR. ¡Fernando!... Que estais en tinieblas... ¿Quieres luz?

FER. No, no quiero nada. ¿Para qué?

LOR ¿Qué dices?... ¿Cómo te encuentras?...

FER. Mal, muy mal; como nunca. Quiero estar solo: necesito estar solo. Me duele veros à mi lado temiendo por mí. Tú más que na-

die, Lorenza, deberías de dejarme solo. Lejos de mí quizás me perdonases...

LOR. ¿Lloras?

FER. No, no es pena la que me ahoga. (Sentándose ensimismado.) No puedo ni llorar...

LOR. ¡Daniel!

FER. ¿Por qué llamas á Daniel? ¿Qué puede hacer Daniel por nosotros? Hay en la vida algo inexorable que nos anonada, y eso es la vida misma: la vida, cuyo curso no podemos desviar los mortales porque la ciencia humana no llegó á tanto, ni es facil que llegue nunca... Podemos matar, pero no detener á la muerte cuando, sin llamarla, viene...

LOR ¡Por Dios, Fernando! No nombres á la muerte. Y tú, Daniel, cálmale, despierta su razón que desvaría.

DANIEL Nada sé para calmarle. Callaba, y mi silencio de nada le sirvió. Para estas afecciones del espíritu nada tiene la ciencia que ofrecer... Permitid que me retire.

LOR. No, Daniel, no te vayas; espera.

FER. Espera, sí; acaso me hagas falta.

DANIEL Me quedaré, pero os dejo solos. A ver si solos encontrais consuelo. Yo, Fernando, no puedo aconsejarte más que... que seas razonable. La razón, si no cura, previene. Y en este mundo todo, ó casi todo, está en saber prevenir. ¿Te agradó el sermón?

FER. Tú verás cómo seré razonable.

DANIEL Pues, ¡vida nueva!

FER. (Triste.) ¡Vida nueva!...

DANIEL Voy á ver á tu padre. (Sale.)

ESCENA VII

LORENZA y FERNANDO

FER. (Con amarga ironía.) ¡Vida nueva!... Como si fuera posible renovar la vida.

LOR. No desesperes, Fernando. Todo es posible, ó, por lo menos, todo lo debemos de creer posible.

FER. ¿Posible que mi vida no se apague en corto plazo? ¿Posible que yo muera sin remordimiento alguno? ¿Posible que tú no fueses honrada? Ahí tienes tres cosas imposibles... para mí.

LOR. No sé, ni quiero saber, qué intención das siempre á tus palabras. Sea cual fuere, permíteme que recoja esa tercera imposibilidad, y te asegure que nada significa ser ó no ser honrada, cuando para el marido no es artículo de fe la honradez de su esposa.

FER. ¿Cómo dudar de ti?

LOR. Tu duda no me ofendería, y, si me ofendiese, no sería menor que la ofensa mi desprecio.

FER. No puedo dudar, Lorenza, no...

LOR ¿Por qué entonces me hablas de ese modo?

FER. Porque en toda vida hay un instante destinado á que las almas se desenmascaren, y en el mío quiero que sepas, Lorenza, lo que sufro.

LOR. No te complazcas en mortificarme; lo sé.

FER. ¿Y no sufres tú?

LOR. No te preocupes por mi sufrimiento.

FER. Me asombra tu tranquilidad. ¿Es que tú no temes?

LOR. ¿A qué?

FER. No, no temes. Claro, como te encuentras llena de vida puedes permitirte el lujo de esperar. Pero yo, que me siento morir, ¿no he de temer? Y si no temiese, ¿sabes tú por qué sería? Porque no creyera en ti...

LOR. ¡Fernando!

FER. Porque no creyera en ti, que llevas mi nombre y me prestas tu honor... ¡El honor!... Ese honor de las mujeres, que tan generosamente hacemos nuestro los hombres para que vuestras faltas, de haberlas, nos manchen también á nosotros, como si en nuestras manos estuviese el evitar que nos engañáseis... En cambio nuestras faltas, que lo son de todos los días, no empañan en nada vuestro honor... ¡No podéis quejaros!

LOR ¿Te quejas tú?

FER. ¿De ti? Ya te dije que no. Y, aunque te sorprendas, aun he de decirte más: si hoy tuviese motivos para quejarme, quizás no sabría.

LOR. ¿Pero tú piensas lo que dices?

FER. Pienso... que cuando llega el instante de liquidar nuestra vida, nada suponen los humanos convencionalismos, y sólo el remordimiento impera. (Pausa.) Yo, ¡infeliz de mí! he condenado á un inocente, al que no pudo ni aun pensar en la culpa, al que nacerá...

LOR. Fernando, ¡que soy su madre!

FER. ¿Acaso tú pensaste ni quisiste serlo cuando como esposa diste vida al gérmen que alienta en tus entrañas?

LOR. Respeta á la madre, sin preguntarla por qué lo será.

FER. Perdona. Olvidaba que esa misma pregunta podría hacérmela también nuestro hijo alguna vez.

LOR. ¡Nuestro hijo!

FER. Siendo *nuestro*, será un degenerado...

LOR. Por nuestra culpa.

FER. ¡Por nuestra culpa! ¿Tú también crees que somos culpables?

LOR. Yo no sé si lo soy. Los hombres sí, porque vosotros hicísteis la ley.

FER. La ley y la religión. Una y otra, por un puñado de monedas, nos dispensaron de que las acatásemos. ¡Como si la afinidad de sangre se disolviese con el metal! Y á esa misma ley y á esa misma religión, bien poco les preocupó de qué murieron nuestros ascendientes... (Pausa.) Es preciso que nosotros seamos los que busquemos una solución.

LOR. ¿Solución á qué?

FER. Tú verás. Estamos solos y nadie se ha de enterar de lo que hablemos. No te ofendan, así, mis palabras, que son precisas para esclarecer la duda que, como único consuelo, me anima en estas últimas horas.

LOR. ¿Qué duda es esa? ¡Más claro! ¿dudas de mí? Dilo, ¡dilo pronto! pero no me ofendas con esa calma que me hiere más que tus palabras. ¿Qué dudas? ¿Por qué dudas?

FER. No lo sé; pero mientras dude no seré tan desgraciado como con la horrible certeza que me aguarda.

LOR. ¿La certeza de mi honradez?

FER. La certeza de tu honradez produce mi remordimiento, y con él he de morir. Mi paternidad será maldita. Y si no soy yo el padre...

LOR. ¡Basta, Fernando, basta!

FER. No. Antes... Antes has de contestar. (*Bajando la voz, temeroso.*) Me... ¿me engañaste?...

LOR. ¡Yo! ¿Engañarte yo? ¡Qué poco me quieres! ¡Qué poco me has querido! ¡Qué mi!.. (*Iba á decir «miserable», pero con brusca transición, indefinible, exclama:*) Y tú serías feliz con mi culpa... Lo serías si confesase... Si yo te... Lo... (*Y martirizada por el dolor de la duda de su marido, se abraza, llorando, á él.*) Fernando... Fernando... Fernando...

FER. (*Creyendo, porque ya con toda el alma lo desea, que el llanto de su mujer constituye una confesión, no puede menos de sentirse satisfecho, con amarga sonrisa de triunfo.*) ¡Ah! ¿Luego era cierto?...

LOR. (*Forcejeando por desprenderse de los brazos de su marido, que la estrecha.*) ¿Eh?... ¿Qué dices?... ¿Qué creíste?...

FER. (*Abrazando fuertemente á su mujer, y en voz baja, delirante.*) Moriré pronto, muy pronto, pero moriré tranquilo. Después, ¡qué importa! Daniel aliviará tu luto, y el del ser inocente que me llore sin maldecir mi memoria... ¡Mi sangre envenenada queda en mí!... (*Levantándose y queriendo desprenderse de los brazos de su mujer.*) Y ahora... Ahora, suéltame; ¡á ser hombre! (*Llamando.*) ¡Daniel!

LOR. ¡Por Dios, Fernando!... ¿Para qué le llamas? ¿Qué quieres hacer?...

FER. (*Frío. Sin rencor.*) Provocarle: ¡que me mate!

ESCENA VIII

DICHOS, DANIEL y DON ANGEL

DANIEL (Entrando con don Angel.) Qué, ¿te consolaste?

FER. Gracias á tí. Me consolé. Pero vete, ¡vete!, si no quieres que aquí mismo...

LOR. } (A la vez.) { ¡Fernando!
DANIEL } { ¿Qué dices?
ANGEL } { ¿Estás loco?

FER. (Deteniendo su momentáneo impulso de provocación, y abrazándose á Lorenza desfallecido.) No puedo, no puedo, ¡no puedo!... (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EPÍLOGO

La misma decoración de los dos primeros actos. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

GLORIA y el MARQUÉS de SAN PÍO

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Unos momentos de silencio. Se oye, después, hablar á Gloria, dentro, en las habitaciones de Fernando.

GLORIA (Dentro.) No salgais. No os molesteis. Acompañad á Fernando. Vaya, hasta mañana... Y si nos necesitais, llamad...

MARQ. (Saliendo, con su mujer, por las habitaciones de Fernando. Hablando á los que están dentro.) Aunque no querrá Dios que sea necesario. ¡Hasta mañana! (A su mujer.) ¿Vamos?...

GLORIA Sí, vamos. Siempre con prisa. En mi vida he visto una impaciencia mayor.

MARQ. ¡Pero si llevamos aquí muy cerca de dos horas!

GLORIA ¿Te parecen muchas? Lorenza me llamó asustada, y no querrías que me negara. Fernando está hoy muy mal.

MARQ. Yo le encuentro como todos los días. Un poco más demacrado. Pero ya verás cómo nos entierra.

GLORIA ¡Qué hemos de ver, hombre, qué hemos de ver!... (Salen.)

ESCENA II

DON ANGEL y DANIEL

ANGEL (Que viene del cuarto de Fernando, hablando con Daniel.) No hay peligro inmediato, ¿verdad?

DANIEL El peligro nació con él, y por él se agravó. Pero no es eso lo que me preocupa.

ANGEL ¿Ni te explicas, al menos, lo que ocurre?

DANIEL Quiero explicármelo. Aunque no sé cómo. Fernando es un impulsivo...

ANGEL Sí. Pero, ¿á qué atribuyes esa impulsión? Ha llegado á amenazarte. ¿Por qué? Esto es lo que deseo que me digas.

DANIEL Difícil me va á ser la respuesta. Para explicármela yo mismo es necesario que vuelva atrás los ojos; que busque lejos, muy lejos de ahora.

ANGEL ¿Lejos de ahora?

DANIEL Sí, don Angel, buenísimo don Angel, lejos... En aquellos tiempos en que, muertos mis padres, lo eran ustedes para mí, y su casa, aquella casa en que tanto jugué de niño, era mi casa...

ANGEL Así fué. Así hubiera sido siempre.

DANIEL Lo hubiera sido. ¡No tuve yo la culpa de que no lo fuera!

ANGEL No te entiendo.

DANIEL Pues esto si que es fácil de entender. En su casa, doblemente respetable para mí porque era suya y porque, siéndolo, era también mía, encontré en Lorenza una hermana, y en ella puse todo mi cariño. La quise, nos quisimos, como si ambos hubiéramos nacido de los mismos padres, y nuestra infancia dejó de serlo sin que nosotros advirtiéramos su fin... Cuando nos dimos cuenta de que éramos ya una mujer y un hombre puestos en la vida frente á frente, algo que no sé calificar nos separó. ¿Fué delicadeza en mí? ¿Fué gratitud á usted? ¿Fué temor á un desaire?... Solo sé que abandoné aquella

casa, y—créame, don Angel, créame—aunque el corazón me dolía al marchar, una satisfacción muy honda me llevaba. Lorenza solo sería mi hermana en mis recuerdos de niño... Mis labios no se abrieron para hablar en hombre á la mujer que nunca merecí.

ANGEL Y después...

DANIEL Callé siempre. ¿A qué hablar? ¿Qué porvenir podía yo ofrecerla? Y además, si ella no me quiso más que como hermano, ¿á qué atormentarla con mi amor?—Esperé á que el tiempo me curase, y cuando ya fuí dueño y tirano de mis sentimientos volví á verla... Ya estaba Lorenza casada, y tenía derecho á la felicidad...

ANGEL ¡No ha sido feliz!

DANIEL Cuando lo supe...

ANGEL ¿Entonces?...

DANIEL Cuando lo supe era tarde. Lorenza no sabrá nunca, ¡nunca! mis sueños ni mis desengaños. Y ahora, ¿se explica usted la escena de esta tarde?

ANGEL ¿Fernando sospecha que tú?...

DANIEL No. ¡Y eso es lo más triste! Fernando quiere sólo creer que hay un motivo para sospechar.

ANGEL ¿Es posible?

DANIEL El mismo me lo dijo: todo su drama se reduce al horror de ser padre.

ANGEL ¡Sí que amedrenta el que llegue á serlo! ¡Pobre Fernando! ¡Pobre hija mía!...

DANIEL ¡Pobres de los tres! Ellos, rotas sus vidas, á llorar su error. Yo, ¡á olvidar otra vez!... No volveré á verles. Y ahora, ¡adiós, don Angel! Créame sincero, y perdóneme si algo viese en mí que perdonar. ¡Adiós!

ANGEL (Conmovido.) No, espera. (Llamando.) ¡Lorenza!

DANIEL ¿Qué hace usted?

ANGEL No quisiera saberlo. Estrecha su mano, sin decirla adiós, y vete. Es lo menos que puedo hacer por ti: lo menos que puedo hacer por ella.

ESCENA III

DICHOS y LORENZA

LOR. (Por la habitación de Fernando.) ¿Me llamabas?

ANGEL Sí. Fernando está más calmado. Sus nervios descansan al fin. Y Daniel, cumplida su misión, que tan violenta como dolorosa le habrá sido, se despide de nosotros.

LOR. ¿Para siempre?

DANIEL ¡Quién sabe, Lorenza, quién sabe! Ya comprenderás... (Lorenza llora.)

ANGEL No llores, hija. ¡Lorenza! (A Daniel, que inútilmente se esfuerza por estar sereno.) Y tú, Daniel, ¿también tú?...

DANIEL Es para mí muy triste esta despedida. Otra vez volveré á alejarme de vosotros, como si fuera un maldito... ¡No me olviden ustedes!

LOR ¿Olvidarte yo? ¡No lo digas! ¡No lo pienses, Daniel!

DANIEL Cuidad á Fernando mucho, y á ver si en la primavera os le podéis llevar al campo... Acaso allí... No hay que perder la esperanza.

ANGEL ¡Y qué esperanza!

LOR Sí; nos iremos al campo, á nuestra casita, á nuestros recuerdos. ¡A vivir de nuestros recuerdos!

DANIEL En los árboles del jardinillo estarán aún aquellas cortaduras que alguna vez fueron fechas, y fueron nuestros nombres...

LOR ¡Nuestros nombres!...

DANIEL (Estrechándola las manos.) ¡Adiós, Lorenza!

LOR (Sin soltarse.) ¡Daniel, adiós!

ANGEL (Abrazándole.) ¡Daniel! ¡Hijo mío!...

LOR. ¡Daniel!...

DANIEL (Huyendo apresurado, por contener su emoción.) ¡Adiós!

ESCENA IV

DON ANGEL y LORENZA

ANGEL (Viéndola llorar desconsolada.) ¡Lorenza!... ¡Lorenza!...

LOR. ¡Padre!...

ANGEL La verdad; yo necesito la verdad. ¿Tú quieres á Daniel?...

LOR A él no se lo diré nunca, ¡nunca!... A ti, sí: ¡le quiero! ¡Con toda mi alma!

ANGEL Entonces, la sospecha de Fernando...

LOR. No, no; ¡eso no! Fernando no puede creer en su sospecha, y, aunque la creyese, que nunca la creerá, no tiene motivo ni derecho para dudar de mí.

ANGEL ¡Compadécele!

LOR. ¿Y él á mí no?... Se ha levantado. Viene.

ANGEL Que no te vea llorar.

LOR. Que no me vea. Ven tú conmigo. (Salen por el comedor.)

ESCENA V

FERNANDO y JUAN

FER. (Por su cuarto. Demacrado, nervioso, observa si alguien le ve. Toca un timbre y acude un criado.) Entra en mi cuarto, coge el maletín que verás encima de la cama, y avisa un coche, cualquiera; abajo habrá alguno.

JUAN ¿Va de viaje el señor?

FER. Voy. Pero escucha. Quiero que nadie—nadie, ¿lo oyes bien?—sepa que me voy. Sal por vuestra escalera, y sube en seguida.

JUAN (Saliendo por el cuarto de Fernando.) Lo que mande el señor.

(Fernando se pasea agitado por el gabinete, enciende un cigarro, vuelve á observar, é inmediatamente entra un segundo en su habitación, de la que sale con abrigo y sombrero.)

ESCENA VI

FERNANDO y DON ANGEL. Al final JUAN

ANGEL (Por el comedor. Viendo á Fernando que se dispone á salir.) Pero, Fernando, ¿á dónde vas? ¿Cómo sales? Tú estás loco...

FER. (Contrariado al verse sorprendido.) No. No es locura. Es... solamente cobardía.

ANGEL ¿Cobardía?... ¿En quién? ¿Quién es el cobarde?...

FER. Ya lo ve: me voy. ¿A dónde? ¡Yo qué sé á dónde! A donde el azar me empuje. ¡Qué me importa á dónde! ¿Por cuánto tiempo? Esto sí que lo sé: para siempre.

ANGEL ¿Tú sabes lo que dices?

FER. Lo que hago. Ni despedirme quería. No me pueden comprender. Usted mismo acaba de llamarme loco. Es igual. La cuestión es irme lejos, lejos, muy lejos... y solo, solo, ¡sólo con mi amargura y con mi horror!

ANGEL Pero, ¿qué te propones?

FER. No me lo pregunte: no lo sé.

ANGEL Entonces ..

FER. Soy un cobarde, y huyo. Esto es todo.

ANGEL ¿Que huyes tú?

FER Sí. ¿Qué hago aquí? Huyendo, todo se reduce á que para Lorenza se adelantó mi muerte.

ANGEL ¿Has pensado en matarte?

FER ¿Para qué? No es preciso. Aunque yo no quisiera, he de morir muy pronto.

ANGEL Tú deliras, Fernando.

FER. ¿Delirio? ¡Así lo fuese! Tengo miedo á morir donde la vea, que en sus ojos leeré siempre una acusación. Si ella es honrada...

ANGEL ¡Fernando!

FER Si es honrada, y así quiero creerlo, ni ella ni nuestro hijo me perdonarán... Y si no fuese honrada, ¿cómo matarla yo, cuando la certeza de mi deshonra pudiera ser el único lenitivo al remordimiento que amargará el resto de mi vida?...

ANGEL Me anonada escucharte.

FER Es que mi verdad es horrible.

ANGEL Pero Lorenza...

FER. ¿Qué le importo á Lorenza? ¡No me quiere! Y, lo que es más triste, me ha de odiar...

ANGEL ¡Calla!

JUAN (El criado, por el foro.) Señorito, el coche.

FER Adiós, don Angel.

ANGEL (Queriendo impedir que salga.) No. No saldrás. (Llamando.) ¡Lorenza!

FER. Es inútil: ¡adiós! (Y sale.)

ANGEL ¡Lorenza!... ¡Lorenza!...

ESCENA ÚLTIMA

DON ANGEL y LORENZA

LOR. (Por el comedor, alarmada.) ¿Fernando?...

ANGEL (Emocionadísimo, sin saber cómo decirlo.) Fernando... Fernando... ¡se va!

LOR. ¿Que se va?... ¿Dices que se va?... (Yendo al cuarto, llamándole, y oyéndose dentro su voz, hasta salir por el foro, repitiendo, desconsolada, el nombre.) ¡Fernando!... ¡Fernando!... ¡Fernando!...

ANGEL (Que se dejó caer en un sillón.) Se fué.

LOR. (Resistiéndose á dar crédito á la realidad.) Pero... ¿se fué?...

ANGEL Para siempre. Intenté que no saliera. ¡No quiso!

LOR ¡Me cree culpable!

ANGEL Por no querer saber que no lo fuiste, huyó.

LOR. (Abrazándose, dolorosa, á su padre.) ¡Para siempre!... ¡Sola para siempre!...

ANGEL No. Conmigo. Y ahora .. ¡á esperar!

LOR. A esperar á un desgraciado. A dar mi vida á un ser que no podrá vivir...

ANGEL No desesperes nunca. Vivirá. Se lo disputaremos á la muerte...

LOR. Y si le salvamos, ¿le habremos hecho un bien?... (Telón.)

FIN DEL DRAMA

Madrid, Marzo de 1910.

Obras escénicas de Miguel de Zárraga

Eva, comedia en un acto, original, estrenada en el teatro Lara, de Madrid, el 3 de Mayo de 1906.

El compañero de viaje, comedia en un acto, original, estrenada en el mismo teatro, el 25 de Febrero de 1907.

La moral de lo inmoral, comedia en un acto, original, estrenada en el teatro de los Campos Elíseos, de Bilbao, el 6 de Septiembre de 1908, y reprisada en el Salón Nacional, de Madrid, el 4 de Diciembre de 1909.

El gérmen, drama en dos actos y un epílogo, original, estrenado con el título de *Paternidad,* en el Salón Nacional, el 2 de Abril de 1910.

«El gérmen» y la Prensa (1)

FRAGMENTOS DE LAS CRÍTICAS

De *El Mundo*.

... Miguel de Zárraga, escritor de talento y autor dramático aplaudido en muchas ocasiones, ha llevado á la escena del Salón Nacional una obra de fuerza, de intenso interés y de emoción.

Una gran realidad en la visión de las cosas que reproduce Zárraga, unida al sentimiento que transmana del asunto, da á la nueva producción dramática del distinguido periodista y autor caracteres de alta trascendencia y de mucho vigor de pensamiento.

Zárraga, por sus condiciones de cultura y de buen gusto, no podía escribir una obra ñoña y gris; la suya, como es consiguiente, es un drama valiente y audaz, planteado con franca resolución.

Al final de los tres actos fué llamado Zárraga á escena muchas veces, entre los entusiásticos aplausos del auditorio.

El autor de *El compañero de viaje* ha acertado esta vez definitivamente.

La presentación y la interpretación escénica de *Paternidad* son excelentes, como de costumbre en el teatro que dirige el culto José Francés...

***

Del *Heraldo de Madrid*.

... El autor de *Lo moral de lo inmoral*, que ya había singularizado su personalidad como autor de alientos y cultísimo literato, nos ofreció anoche un drama en dos actos y un epílogo, representado en la escena del Nacional.

---

(1) Véase la *Advertencia* que se inserta en la página 7.

Paternidad—así se titula la obra — confirma la soltura conque concibe las situaciones teatrales Zárraga y pone de relieve sus exquisitas cualidades de estilista.

El asunto de *Paternidad* tiene honrosos precedentes en la literatura dramática, que no ignora el joven y brillante escritor, deseoso de plantear entre nosotros un problema que será objeto de severas disposiciones por parte de los legisladores del porvenir.

Zárraga termina sobriamente sú producción. Bracco, más comprensivo y deseoso de velar por los fueros de la paz y la concordia entre los hombres, desenlaza su comedia *Le tragedie de l'anima*, en la que estudia la misma cuestion, de un modo risueño, hondamente saturado de poesía.

Zárraga, con los intérpretes, entre los que notablemente se distinguió Rosario Acosta, salió varias veces á escena...



De *La Mañana.*

... Miguel de Zárraga es un escritor de positivo mérito. Aplaudido en Lara, apenas hace tres años, por sus obras *Eva* y *El compañero de viaje*, apareció después en el Salón Nacional con la comedia *La moral de lo inmoral*, demostrando que era uno de los pocos jóvenes que se apartaba de caminos fáciles y trillados. Anoche vino á confirmarlo.

Paternidad, drama en dos actos y un epílogo, es una obra sincera, atrevida; pero no con atrevimientos de frase, que ello fuera caer en el pecado de muchos, sino por la tesis que él aborda con valentía.

¿Deben casarse los enfermos de herencia? Para Zárraga, ni éstos, ni los desiguales en edad, ni tampoco los parientes. Esto le sirve para hacer un drama que une á la belleza de la forma la sinceridad del fondo.

El público, que así lo comprendió y supo saborearlo, aplaudió con entusiasmo desde el primer acto, saliendo el autor á escena muchas veces.

De los intérpretes, la Acosta, la señorita Montero y el señor Llopis. Los demás, bien.

Y vaya un aplauso á Francés, por no reparar en pequeños detalles para representar una obra de tanto empeño como *Paternidad*...



De *La Epoca.*

... Anoche se verificó el estreno del drama en dos actos y un epílogo titulado *Paternidad*, original del distinguido periodista y culto escritor D. Miguel de Zárraga.

La obra interesó mucho á los espectadores, que aplaudieron sin reservas las bellezas del diálogo, ingenioso y culto.
Miguel de Zárraga tuvo que salir al proscenio al final de todos los actos para recibir los aplausos del público.
La interpretación de *Paternidad* fué bastante acertada, mereciendo citarse á la señorita Acosta, que á más de interpretar con mucha verdad el papel de Lorenza, lució elegantísimas *toilettes*, y al Sr. Llopis, que entendió perfectamente el personaje que representaba.
Paternidad es un nuevo éxito para el Salón Nacional...

***

De *El Radical.*

...El joven literato y ya muchas veces aplaudido autor dramático Miguel de Zárraga estrenó anoche en el Salón Nacional un drama en dos actos y un epílogo titulado *Paternidad.*

....

La obra, de tesis y en la que Zárraga estudia una serie de graves problemas morales y sociológicos con bastante conocimiento de causa, agradó al público, que aplaudió al final de todos los actos é hizo salir á escena varias veces al señor Zárraga.
La señorita Rosario Acosta, muy bien durante toda la obra. La señorita Montero y los señores Llopis, Piquer y Fernández, acertados...

***

De *A B C*

... Un éxito muy satisfactorio ha obtenido en este coliseo el joven escritor Miguel de Zárraga con su nueva comedia *Paternidad.*
El talentudo autor ha logrado en esta obra darnos una pintoresca sensación de la vida, planteando en *Paternidad* un problema de tendencia audaz y vigorosa.
Al final de todos los actos Zárraga recibió del auditorio muchos y entusiastas aplausos, saliendo el público muy complacido de la representación.
Los intérpretes hicieron la obra con mucho cariño. La señorita Acosta dió un gran sentido de verismo á su papel y lució además muy elegantes trajes. El Sr. Llopis también se hizo aplaudir.
Un buen éxito, en suma, para el Salón Nacional...

***

De *El Liberal.*

... El joven y notable literato Miguel de Zárraga triunfó anoche en el teatro, una vez más, con una obra de verdadera importancia.

Titúlase *Paternidad,* y es un drama hondo, bien pensado y hábilmente construído, que interesó mucho á ios espectadores y proporcionó ruidosas palmas al Sr. Zárraga.

El *caso* que sirve de base á la nueva producción del autor de *El compañero de viaje*, está visto en la vida real y encierra un problema de suma transcendencia.

Es muy bello el diálogo de *Paternidad.* Constituye una nueva muestra de la galanura de estilo de su autor.

Este fué llamado á escena al final de cada uno de los tres actos que componen el drama y recibió el público homenaje muchas veces.

La obra, muy bien puesta, acredita la inteligente dirección de Pepe Francés.

En la interpretación se distinguieron la señorita Acosta y los Sres. Llopis y Piquer.

El Sr. Zárraga está de enhorabuena...



De *La Correspondencia de España.*

... La nueva producción del joven Zárraga ha obtenido anoche completo éxito.

El drama es de grandes vuelos, con problemas morales y científicos, que fueron desarrollados con maestría..........
....

... Zárraga salió al final de todos los actos á recibir los aplausos del público.

La Srta. Acosta y el Sr. Llopis, principales intérpretes, muy aplaudidos. También lo fueron la Srta. Montero y los Sres. Piquer, Fernández Gil y Santos...



De *El Imparcial.*

... Con gran éxito se celebró anoche el estreno de un drama en dos actos y un epílogo titulado *Paternidad*, original del aplaudido escritor D. Miguel de Zárraga.

El asunto de la obra es por todo extremo atrevido y está desarrollado con habilidad y arte. Escrito en limpio castellano, en un estilo sintético muy acomodado á la acción, este drama revela en su autor altas dotes que podrá desenvolver en medios más amplios y con mayor experiencia.

El público, que llenaba la sala, hizo salir á escena muchas veces al autor y á los actores...

***

Del *Diario Universal.*

. El Salón Nacional continúa queriendo ser teatro de deas á todo trance, y para seguir en ese camino estrenó anoche una obra en dos actos y un epílogo—¿por qué no tres actos?—original de Miguel de Zárraga y titulada *Paternidad*...
....

La nueva obra de Zárraga, bien escrita, como todas las del mismo autor, y que ayer logró excelente éxito, tiene para mí el mismo defecto que sus hermanas mayores: el señor Zárraga se ha dado demasiado pronto á filosofar, y eso le obliga, por olvido del sabio consejo que manda vivir primero, á hacer sus dramas y comedias por el «viejo sistema» del Teatro de tesis, en el que, si triunfó Dumas, por ejemplo, fué precisamente porque conocía la vida demasiado bien, si en eso caben demasías..........................
....

... Vuelvo, pues, á recomendar al Sr. Zárraga que viva y vea vivir, y me permito asegurarle que si eso hace logrará que todos le aplaudamos con el mismo entusiasmo con que ayer lo hizo gran parte del público del Nacional, y que deseo compartir.—ALEJANDRO MIQUIS.

***

De *El País.*

Miguel de Zárraga es uno de los pocos escritores jóvenes que no niegan su juventud en el momento que se lanzan á á la carrera dramática.

Huye de las imitaciones serviles, sin perjuicio de ir moldeando su personalidad dentro de las buenas orientaciones y de las ideas que conmueven á la sociedad entera en estos días de discusión y de crisis. *La moral de lo inmoral* demostró el buen deseo y la sinceridad con que el novel dramaturgo daba sus primeros pasos en la escena.

En esa comedia nos obligó á oir cosas que la mayoría de los espectadores pensarían sin decirlas, y nos dejó esperanzados para producciones sucesivas.

Anoche se presentó con una comedia de vuelos más altos, pero de menos originalidad. Las taras crueles de la herencia han salido varias veces en el teatro á estremecernos, gracias

á un sentimentalismo piadoso que provocaron hacia las generaciones de mañana. Zárraga, en su comedia, pone á un hombre en la horrible vacilación de no saber qué es preferible; si su paternidad ó su deshonor..................

....

... *Paternidad* es, sin embargo, un drama de emoción intensa que ha de aplaudir muchas veces el público del Salón Nacional, á quien impresionará, seguramente, el problema social que el autor plantea. Revela, por lo menos, que Zárraga se ha apoderado de los consabidos «resortes escénicos» y que sabe decir bien las cosas más graves.. ....

....

... Gustó mucho *Paternidad*, y Miguel de Zárraga salió varias veces al palco escénico en unión de Rosario Acosta y Manuel Llopis, que estuvieron muy afortunados.—José Alsina.

***

De *España Nueva*.

Zárraga es autor que maneja muy bien los recursos escénicos, por lo cual impresionará siempre al público, conmoviéndole é interesándole, aunque sus obras no sean todo lo realistas que él se propone. Además, su cultura y buen gusto le permiten expresar opiniones atrevidas y señalar defectos sociales de modo que al público no le causen la menor molestia; antes bien, los acepte y hasta los aplauda. Sobre todo ello señala Zárraga un vigor juvenil que da frescura á sus producciones, y una sinceridad muy simpática, que no siempre suele acusarse en la juventud.

El drama estrenado anoche es de una intensidad que en algunas escenas llega á su máxima tensión. Sería trágico, de ser más real, y de explicarse sin tanta precipitación y más lógicamente la horrible situación del marido. Pero la habilidad del autor sorteó estos escollos, manteniendo al público en creciente interés hasta el final, que aplaudió sinceramente al joven dramaturgo, de quien hay derecho á esperar una obra más humana, ya que puede hacerla.

Al éxito de *Paternidad* contribuyeron con su acertado trabajo, la Srta. Acosta y el Sr. Llopis, con el resto de los intérpretes, que desempeñarán muchas noches este bello drama. —Paulino.

***

De *El Eco Artístico*.

El culto y conocido escritor Miguel de Zárraga estrenó el sábado próximo pasado un drama en dos actos y epílogo,

titulado *Paternidad,* que fué muy del agrado de la numerosa y distinguida concurrencia que acudió al teatro del Salón Nacional.

La obra se escuchó hasta el final con suma complacencia é interés, despertando gran curiosidad en el público el desarrollo de la acción, que no decae un momento. El diálogo, vivo, ingenioso, espontáneo, avalora mucho la nueva producción del Sr. Zárraga, el cual, en vista de las insistentes llamadas al proscenio tuvo que presentarse en el palco escénico á la terminación de los dos actos sucesivas veces, y al concluir el epílogo, muchas más. En suma; *Paternidad* obtuvo un éxito franco y lisonjero, contribuyendo no poco la excelente labor de Rosarito Acosta. Esta encantadora y simpática actriz trabajó con verdadero cariño, sacando gran partida de su papel, difícil, y de «peso»; expresándose con naturalidad inimitable; dramática cuando la situacióu lo requería, sin apartarse de la realidad, en una palabra, estuvo sencillamente admirable, mejor es imposible, por eso, no en balde escuchó tantos y tan prolongados aplausos. Lució dos preciosos trajes que acreditan su buen gusto y el deseo de «vestir las obras», sin que por su parte desmerezca nada á la vista del espectador, que hoy en día se fija en todo... Muy acertada en el desempeño de su cometido la Srta. Montero; el el Sr. Llopis, que es un consumado actor ¡digo si vale este muchacho!, y los Sres. Piquer, Gil y Santos.

La escena servida con todo lujo de detalles

Merece sinceros plácemes también el aplaudido autor José Francés, director artístico del Teatro, por la presencia de la obra, lo bien ensayada y por el acierto que ha tenido al darla á conocer.

A todos, cariñosamente, les envío mi más cordial enhorabuena.—Fernando Porset.

Precio: DOS pesetas